

Madrid, 2 de abril de 1932.
Precio: 15 céntimos.



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Recuerdo a M. Llaneza

Un sentido homenaje de nuestro espíritu a Manuel Llaneza. Homenaje y recuerdo que son saudades del alma, como ha dicho el camarada Teodomiro Menéndez. Y una



pena, porque el amado amigo marchó, maduros los frutos de su inteligencia, sin poder compartir más que las tristezas del ayer y no las alegrías del hoy. Llaneza el bueno, de la tierra de Asturias, cuna del Socialismo. Que tenía en el corazón el dolor de la mina y que supo hacer sentir por toda España las penas de los mineros, y a quien nosotros deberemos siempre la flor perenne de los recuerdos y el dolor de la pérdida. Que supo hacer visibles a hombres apenas conocidos, que arrastraban sus dolidas

humanidades por fondos de galerías y pasadizos y pozos, lo mismo que animales subterráneos. Llaneza el bueno, el socialista, y con esto dijimos todo, que se malogró cuando aún su obra sin concluir más esperaba de él y más necesitada estaba de sus auxilios.

Más aún vive Llaneza en la tierra asturiana. Lo dice el acto celebrado como recordatorio. Carranizas de mineros, carretera adelante, hasta llegar a Mieres; banderas rojas, portadas por manos proletarias, que cubrían todo lo visible; mujeres y niños — hijos y esposas —. Y en representación de la voz de todos ellos, compañeros del Partido, que llevaban en sus palabras el sentir y el pensar de todos los socialistas de España, afanosos de unirse al dolor del recuerdo de los camaradas asturianos.

Para nosotros, los jóvenes socialistas, Llaneza fué un maestro. Hoy, por ello, recordamos su pérdida con dolor. Pero nos conforta una esperanza. Y es que vemos la gran labor por él realizada durante los años de su vida. Las organizaciones mineiras, fuertes, poderosas, vanguardia de las organizaciones todas, que su vida se la deben a él. Y ante esta visión, ante este ejemplo perenne reafirmamos nuestra fe socialista, con el afán de proseguir la senda ya marcada. Las huellas de pasos dados. El mejor recordatorio. Después de la senda ofrenda, continuar las falanges juveniles, apretadas, densas, llenas de entusiasmo, por la ruta comenzada por Manuel Llaneza, el bueno...

Agonía sindicalista

No vamos nosotros a reconocer yerro; es el mismo enemigo quien lo reconoce. Y ahora el enemigo es el sindicalista. ¡Menguado ha de estar para que él mismo lo diga! Pero hay momentos en los cuales es menester el reconocimiento de la realidad, porque ésta es tan grande que perjudica más que beneficia el usar para su ocultación de tapujos. A nosotros este reconocimiento nos sirve para reafirmar lo ya afirmado: el valor nulo de la C. N. T. y la desaparición de un espejismo en la clase obrera. El espejismo de creer que las doctrinas sindicalistas tienen algún valor. Este engaño que se desvanece contesta una pregunta que se hace Peiró en un fondo de «Solidaridad Obrera»: «¿Cómo se explica que la C. N. T. sea actualmente algo así como un coloso decadente contra el cual todo el mundo se goza?»

Son reflexiones sobre la crisis de la C. N. T., que abundan hoy más de lo que para ellos sería conveniente. Problemas interiores, que dicen. Problemas de mente, que decimos nosotros. Porque el sindicalismo agoniza, muere, se descabala, a pesar de reacciones violentas y malabarismos de palabra. Las doctrinas libertarias, que fueron el destete de los Sindicatos, hoy, éstos ya tallados, para nada les sirven. Porque el obrero, que en un principio podía ser individualista, hoy, con una acertada educación de clase, es colectivo, y encuentra en una política de colectividad su mejora, abandonando para siempre las normas del apolitismo. Son consideraciones del dominio de todos y sobre las que pesa el cúmulo de los hechos reales, y que nosotros discutimos fríamente y con objetividad, contrastando con el apasio-

namiento de ellos, que ven el avance inexorable de los efectos sin saber cuál es la causa, porque para no verla reviven el mito del avestruz que esconde la cabeza en la arena en la creencia de que, así como ella no ve, a ella tampoco le observan el cuerpo.

«En tanto que los de la parte de allá pegan cada vez más fuerte y mejor, la C. N. T. va descendiendo a la categoría de solemne birria» —dice Peiró—. Nosotros somos la parte de allá; la birria solemne es la Confederación. ¿Hubiéramos soñado en asegurar tan taxativamente algo semejante? ¿Y lo aseguran ellos! Al reconocimiento de las faltas por el mismo que las tiene nadie puede oponerse. Nosotros no nos oponemos, y las reafirmamos. Es llegar al límite y dar la razón a lo que hemos venido sosteniendo siempre para despertar incautos. Que la C. N. T. llega a su fin es cosa sabida, porque hasta ellos mismos lo dicen. Las organizaciones obreras que, engañadas, habíanse acoplado a este organismo, hoy, con la hiel del desencanto, le abandonan. Nuestro campo sabe mucho de ello; por eso pegamos más y más fuerte.

Enseñanzas profundas se desprenden de este artículo de Peiró, que es una queja sincera y un descubrimiento de las lacras que vienen estropeando de mucho tiempo a esta parte a los de la acción directa. Que los camaradas lo vean y lo mediten. Sin hacer leña del árbol caído, pero con la objetividad fría del que posee razonamientos, nosotros lo afirmamos y no nos cansaremos nunca de afirmarlo.

Aun recurriendo a las huelgas esporádicas, que no son más que invenciones que reaniman un momento para caer de nuevo en laxitud; al asesinato taimado, la Confederación se esfuma, se desvanece, como se desvanecen y se esfuman todos los mitos que no tienen consistencia alguna en la pulpa real.

República del campesino

Parece poco delicado que nosotros los ciudadanos hablemos del obrero del campo. Indelicadeza que está en que acaso, después de un torrente de fe buena, de palabras blandas como pan caliente, de protestas cuajadas de sinceridad, no hayamos dicho nada provechoso al hijo de la tierra. El no vivir una cosa, vivirla sintiéndola y haciéndola de uno, tiene ese inconveniente: ver a través de normas objetivas, frías, muy razonadas, sí, pero sin práctica, porque tienen por sustento y raigambre la teoría, desprovistas de la verdad, que se entrega cuando lo vivido ha vivido en verdad, siendo drama y mezclándose en los glóbulos rojos de la sangre. Sin embargo, después de un reposado pensar, escuchando la vibración de hijo de campo que todos tenemos, abandonando unos instantes la caperuzada para ver mejor, y en el silencio y el recogimiento en que se piensan las cosas buenas, quizá podamos intentar un ensayo provisto de fondo de valor.

De cómo está hoy y que hace hoy el obrero del campo. Le vemos recogido en sus organizaciones obreras, esperando mejoras prometidas por el régimen presente. Mejoras que, en verdad, se cuajan en una sola: reforma agraria. Quizá muchas más de las republicanas le interesen poco. Es lógico y responde a su psicología. Psicologías especiales del hombre del campo y del hombre de la ciudad, a quienes aleja todo: el medio ambiente, la educación, los medios de vida. El medio ambiente, atmósfera pesada de la que nadie puede librarse y que hace al individuo, aunque el individuo quiera hacerse de otro modo; la educación, tan dispar y tan extraña en uno y otro, merced a un régimen de monarquía que era régimen de oligarquía y supo sustraer del ritmo de la vida al hombre de la tierra, porque interés suyo era que este hombre tuviese más semejanza, por lo callado, lo ignorante, lo pasivo, a la tierra que al hombre. Los medios de vida, de los que no hace falta hablar porque es de naturaleza meridiana la disparidad entre los de uno y los de otro.

No se sabe ver bien todavía al obrero del campo, a consecuencia de haberse incorporado tarde al ritmo de la vida. Quizá la República no haya sabido verle. Es también diáfano el porqué. Sedimento de la República, la burguesía. El obrero del campo no significa para la burguesía absolutamente nada. Si hoy hacemos que la

República le vea, somos nosotros solamente, que hemos hecho cuña en su entraña porque somos fuerza, gran fuerza, y estamos dispuestos a que esa fuerza se aproveche.

Y el campesino ve a la República un poco raramente. Con una rareza ingenua. Ingenuidad del que abrió por vez primera sus ojos al sol. Sujeto a la manera, aprisionado por el amo. En la llanura parda, que por lo monótona y lo grande es el origen del pensamiento del abandono y la soledad, el viento republicano tenía que llegar desvirtuado en su esencia. La República, renovación en todo. Nos viene a equiparar al ciudadano primero, porque para ella somos algo; nos viene a mejorar en nuestra vida triste, porque elevarnos de nivel es hacernos mejor. Estampa de libertad y fraternidad e igualdad, que con una matrona robusta se contempla en la pared de los casinos republicanos de provincia. Hay razón para que el campesino desvirtúe el aroma de la República.

El deber de ésta es concretar estas ideas un poco extrañas, pero que tienen un origen sólo en algo que signifique elevación del obrero del campo. Ha sabido verlo en la reforma agraria. Es lo que el régimen republicano debe a los campesinos, y lo que éstos piden y desean, y lo que es justo que se les dé. Así está hoy la cosa: unos para dar y otros para recibir. Si no se da bien y no se recibe como es debido no tendrá arreglo más tarde. El obrero de la tierra, recogido en apretada falange en sus Sociedades agrícolas, lo tomará con violencias, porque es lo suyo y lo justo. Para ellos, un régimen republicano, como el de hoy de España, es eso. Psicología especial; pero muy justa y muy verdadera, porque no se le da, verdaderamente, nada de la formación de un partido político, del discurso de un hombre, de la vida ciudadana cuando este partido y este discurso y esta vida no responden a su realidad, que está en plano diferente y que es una realidad cuajada en un hecho social.

S. P.

LA REAPARICIÓN DE "EL DEBATE"

Lo ha hecho toda la prensa, y particularmente «El Socialista»: dedicar un comentario a la reaparición de «El Debate». Si se nos permite, déjese comentar a nosotros, los jóvenes socialistas españoles, el asunto.

No hacemos sino corroborar asertos análogos al decir que «El Debate» reaparece con mayor odio a la República, al Gobierno y las Cortes constituyentes. Si antes criticaba la labor del régimen, de su Gobierno y de sus Cortes con cerrilidad e incompreensión, hoy, al reaparecer, lo hace con mayor fobia, con mayor saña y mayor cinismo. No puede ocultar su odio al régimen, odio acentuado desde que se produjo la disolución de su madre espiritual: la Compañía de Jesús. Subrepticamente, aun cuando está descubierto el juego, dirige sus actividades a hostilizar ante la opinión lo que el pueblo español se impuso y proclamó un día glorioso para España. No nos extraña su actitud. «El Debate» significa, como algún otro periódico, la encarnación más genuina de la tiranía. No puede, por mucho que lo intentara, hacer compatible su ideología (?) con un régimen político de libertad como el actual. Una cuestión atávica se lo impide, y es la de que cuando un sér se acostumbra a practicar determinada función resulta, al cabo de los años, muy difícil poder acoplarle, sin protesta, al desarrollo de otra. Tal es el caso del periódico de la caverna. Se mantuvo siempre en sostén de quienes, desde su oligarquía, habían sojuzgado tiránicamente al pueblo español. Hoy es difícil, pues, que «El Debate» se acople a la función noble de servir a la Libertad, no ya para defenderla — sería ello pedirle mucho —, sino para siquiera respetarla.

«El Debate» tilda, como sus amigos, de tirano y dictador a Azaña, actual jefe del Gobierno. Nosotros creemos, sin embargo, que tanto Azaña como sus demás compañeros de Gobierno han procedido de una

manera excesivamente benévola con quien, a juicio nuestro, no merecía tal. Si de nosotros dependiera — y lo declaramos creyendo que así hacemos honor a la libertad que tanto explotan quienes no saben ejercerla ni respetarla — la reaparición o no del órgano de los jesuitas, inequívocamente tal reaparición no sería un hecho a estas horas. Porque así lo exige — sin hipérbolo — el sentir revolucionario de la mayoría del pueblo español. ¿Contemplaciones con los enemigos? Siempre. Pero cuando sepan hacer uso de ellas. Con honradez. Con lealtad. Y con razón. Cuando no lo hagan así, como ocurre a «El Debate», por ejemplo, no tener para con ellos la menor consideración.

Si algún error — nosotros lo hemos señalado en más de una ocasión — ha cometido el régimen ha sido éste: el de tolerar a sus enemigos lo, a nuestro juicio, intolerable. Y como muchas veces lo hemos pedido, deseáramos del Gobierno, en este aspecto, una rectificación contundente de conducta. Inexorable con los enemigos. Se nos podrá decir: «Es que vosotros protestabais cuando el régimen monárquico no os guardaba contemplaciones.» ¡Ah! Pero la contestación en este caso no se hace esperar y decimos: «Es que aquél era un régimen sostenido y querido por una infima minoría, y a quien ultrajaba despiadadamente era, precisamente, a los que constituíamos mayoría. Hoy, sin embargo, es la mayoría quien, no por sistema, sino porque la justicia le asiste, desdeña a la minoría.

Sépanlo, pues, los cavernícolas y su órgano representativo: si de los jóvenes socialistas dependiera, «El Debate» no aparecería a la luz pública hasta tanto nos convenciéramos — qué difícil iba a ser ello! — de que su sentir no respondía a pasiones bajas y a insidiosos ataques al régimen, so capa de crítica noble. Y al proceder así, estamos seguros de que se beneficiarían los intereses del país, que está por encima de todo y de todos.

Labor a realizar

La campaña contra los socialistas se acentúa cada día más. Unos y otros se han unido para combatir al Partido. No nos acobojos, ni, mucho menos, nos asusta. Aunque jóvenes, en los pocos años que llevamos militando en la organización obrera y socialista hemos visto pasar ante nosotros tanta calumnia que ya nada nos sorprende.

Pero a pesar de que ello no nos asusta ni sorprende, a pesar de que sabemos que esta campaña responde a la iniciada años ha por nuestros destructores, no está de más prevenirse y no dormirse — apelemos al vulgo — en los laureles.

Hay que salir al paso de esas campañas. El buen nombre del Partido

así lo exige. Con la razón que nos asiste vayamos a desvirtuarlas; a desvirtuarlas categóricamente. Pero ¿quién ha de encargarse de realizar esa labor? No esperemos que lo hagan los hombres del Partido. Hay una razón poderosa que se lo impide: la carencia material de tiempo para acometer tal labor. ¿Quién acometerla, pues? A mi juicio, las Juventudes. Destacar de ellas al plantel de jóvenes capacitados que posee, desplazándolos a provincias para que, al tiempo que realizan una labor proletaria, salgan al paso, cruda y valientemente, de esas viles campañas.

Acométase, como sea, la labor. Un tanto ardua y arriesgada se nos antoja. Pero hay que acometerla.

Sócrates GOMEZ



¡Nunca más guerra! Responde a nuestro anhelo. Por eso los jóvenes socialistas no nos cansaremos nunca de grabar escenas que reviven el recuerdo y la hagan indeseable, odiosa...

Necesidad de cultura

Ninguno en mejores condiciones que el pueblo español para ser libre; y no basta quererlo, es preciso saber ser libre; como no basta conocer los principios de moral, es necesario practicarla.

¿Qué es la libertad sin trabajo y sin moral? Lo que un cuerpo sin espíritu. ¿Qué es la moral sin fe? Lo que un cuerpo sin corazón. ¿Qué es el hombre sin instrucción? Lo que un cuerpo orgánico sin fuerza; un ciego que tiene ojos para no ver.

Si hasta hoy el hombre, nacido para la dicha y la libertad, fué desgraciado y esclavo, y la sociedad, que debió conservar sus derechos y la conservación de su sér, le degrada y oprime bajo formas distintas con un régimen social tan egoísta como autoritario, la experiencia le enseñó al pueblo, con deberes y sin derechos dentro de ese régimen, que todo debía esperarlo de sus propios esfuerzos.

La esclavitud, que implica la negación de la personalidad, desconoce la familia y la libertad; pero hoy hemos llegado al siglo de la razón, y en éste no es fácil quitar a los pueblos una dicha real y positiva:

la paz y la tranquilidad, con ideas especulativas, aunque sean audaces, por más que todas las tiranías se unan con la tiara, destruyendo la especie humana.

Es un axioma histórico que los pueblos mejoran su estado político, social y económico a medida que el progreso de la civilización marca sus adelantos.

Nosotros, jóvenes socialistas, trabajamos para tratar de descubrir a esos traidores que quieren y han querido, por medio de la acción directa, ocultándose como criminales y nunca dando el pecho, borrar de la conciencia humana, algún tanto debilitada por las preocupaciones, las nociones del derecho y de la justicia. ¡Cuántos diabólicos medios para llevarlo a cabo! Y, sin embargo, todos han sido inútiles. La Humanidad marcha, su conciencia lo reprueba y su Historia lo consigna.

Jaime MONTORO,
de la Juventud Socialista
de Linares.

SILUETAS DEL MOMENTO

La sombra de Bruno.—*Dicen en el pueblo que pasase, demandando justicia, una sombra. Hay quien cree que es un santo, que pide remedio para los males que aquejan a la religión; pero también, y son los más, aseguran que es Bruno en persona, el mozo que tuvo que emigrar en busca de aires sanos de justicia, ya que habíase establecido el monopolio de la verdad, y él tenía que combatir el fuero de los que tiranizaban, como también la falsedad de los que ahora sentíanse radicales, después de permanecer huidos.*

Ya hace tiempo que llegó D. Rodrigo, después de una larga campaña en el extranjero en defensa de la libertad de su país, pero asegurando previamente su persona con la distancia, porque una cosa era hablar largo y otra sufrir las consecuencias cerca. Y D. Rodrigo era así, hombre bravo, pero lejísimo; porque faltábale la respiración para desenvolverse en los círculos estrechos de su tierra, era varón de grandes aptitudes, pero el defecto principal era que toda la fuerza se le iba por la boca.

Y la sombra de Bruno dice el pueblo que viene a hacer justicia; pero ante la opinión unánime de la villa se yergue don Rodrigo lanzando una grosería contra el paladín de la democracia. ¿Porque D. Rodrigo es así!, no puede remediar que el público no se regocije al verle; por eso sus múltiples piruetas hacen que la mayoría del país establezca comparaciones con figuras más o menos respetables de los circos ecuestres, donde seguramente sería un «as» D. Rodrigo, que se ve reducido hoy a la triste condi-

ción de servir de risa al público, aunque para ello difame a una persona honrada; pero se impone el cocido, y éste cuántas cosas obliga a hacer a los hombres que perdieron por sus años o por su falta de seso el sentido de la responsabilidad y la conciencia de sus actos.

Pero Bruno no es sombra, es realidad, y cuando escucha la voz de la farsa se estremece; en el momento que rie el payaso, se indigna; cuando insulta el irresponsable, salta de su asiento si está escuchando, o media si lee las múltiples piruetas del carro de la farsa que capitanea D. Rodrigo, y le siguen unos cuantos que también sirvieron a un amo, y ahora, cuando todo se acaba, pretenden servirse de un país.

Suena un chasquido en el silencio de la noche, y un hombre entra en el local diciendo: «Padre Julián, me ha pegado Bruno!» Y el camarada bueno contesta: «Calma, D. Rodrigo, eso fué poco; espere!» Y es cuando comienza a dibujarse en torno al país la voz de la justicia, no contra los que sostienen sus posiciones, sino contra los que las abandonaron, un bofetón, y dado por manos callosas, en mejillas semiaristocráticas es la voz de la razón que resuena, y aunque Cristo entrase cabalgando en Jerusalén, D. Rodrigo tuvo que derramar unas lágrimas al sentir que ya no era un prócer, cuyas bofetadas eran patente de orgullo, sino que el mozo bruto, el Bruno de la leyenda, le inició el castigo a sus prociadades: primero con un bofetón, pero sin perder las esperanzas de azotarle como a un adolescente.

C. PEDROSA

Un problema urgente

Las organizaciones obreras en nuestro país tienen un defecto, a nuestro juicio, de enorme importancia. Es el de no querer adelantarse a los problemas que, fatalmente, han de plantearse en el régimen capitalista. Prefieren—ello es muy español—enfrentarse con ellos cuando los acontecimientos los han hecho inevitables. Y es entonces cuando, aun por muy buena voluntad que se tenga por patronos y obreros, hay que resolverlos de prisa y corriendo, con evidente perjuicio de la labor realizada.

Hemos obtenido esta conclusión para aplicarla a un punto concreto, que es el de la protección a la juventud obrera.

Las Juventudes Socialistas de todo el mundo tienen como una de sus bases fundamentales de actuación la que se refiere al enunciado que hemos mencionado. Las de España, excusado es decirlo, también. En todos los Congresos que han celebrado, después de la escisión comunista, uno de los asuntos a tratar era éste.

¿Razones para ello? Muchas y muy poderosas. Todos nos lamentamos de la enorme crisis económica por que atraviesa nuestro país. Los hombres parados suman muchos millares. Y como contraste con ello, podemos apreciar cómo pobres muchachos, y en muchos lugares niños, son víctimas de la codicia capitalista, que, a cambio de salarios irrisorios—al fin y al cabo son chicos—, les exige rendimientos de hombres. Y cuando uno se dispone a hablar con ellos puede verse que no poseen no ya una cultura superior, sino ni siquiera la más elemental.

¿Podemos consentir esto? ¿Podemos consentir que los jóvenes parados no sean atendidos por el Estado para hacerles más llevadera la vida y para proporcionarles una instrucción general y profesional de la que carecen?

Las organizaciones obreras tienen que abordar este problema, que no es de previsión, sino de realidad. Al confeccionar los contratos de trabajo es preciso que se establezcan cláusulas para proteger el trabajo de la juventud. Por propio egoísmo. Pensando en la competencia que realizan hoy. Pensando, también, en la capacitación que pueden tener el día de mañana.

En España, la ley prohíbe el trabajo asalariado hasta los catorce años. Hagamos que se cumpla. No se trata de pedir nada nuevo. Lo que los trabajadores debemos exigir es que las leyes promulgadas que nos favorecen sean cumplidas. Cosa a la que, hasta ahora, no estamos acostumbrados. Para ello a nadie más

que a nosotros mismos hemos de culpar.

Los jóvenes confiamos en que las entidades de la Unión General de Trabajadores se harán eco de las peticiones formuladas por los jóvenes socialistas españoles en todo tiempo, pero redactadas más concretamente en una de las ponencias del pasado Congreso. Si así no fuera, recordamos a todos los jóvenes socialistas que deben cumplir su deber no dejando que éste, como muchos otros asuntos, pueda dormir el sueño de los justos. Por sí se puede evitar que el despertar de este sueño sea más trágico que lo que muchos pudieran suponer.

Mariano ROJO

En pro de la cultura

Tras del pórtico de este encabezamiento encontramos un problema fundamental que ha debido interesar, interesa e interesará al mundo que le afecte el porvenir de sus habitantes. Este es el de la «civilización». Elegimos el punto de vista cultural. Sería una utopía el yo querer trazar un plan de enseñanza y el estudiar las escuelas, ya que mi vida, apartada por completo de ellas e inter-nada con toda la profundidad posible en la Universidad, me lo impide. Por eso tan sólo me limitaré a hacer «grosso modo» una breve reseña o crítica de la «cultura» en España, y del régimen de enseñanza que se sigue en las ya citadas Universidades.

Apeándonos de esta especie de introducción, pasemos a internarnos, sin tropiezos ni rodeos, en el seno de la materia.

¿Qué es la cultura?... Sin vacilar, harto es sabido que uno de los elementos esenciales de la civilización es la «cultura». Sin ésta no se puede hablar de una verdadera «civilización».

En España ha arraigado el espíritu contradictorio a la «civilización». No existe la «cultura» propiamente tal. Hay que exterminar esta posición en que nos mantenemos; pero no poco a poco, sino de una manera rotunda, para aportarnos a nosotros mismos el bienestar del saber, y digo bienestar del saber, porque la «cultura», el conocimiento de las cosas, es el vehículo portador de una de las partes más importantes de la felicidad. La «cultura» es indispensable para esta vida. Sin ella, la sociedad no sólo ha comenzado por el salvajismo y la barbarie, como apuntan los supuestos sentados por los historiadores del hombre primitivo y los sociólogos modernos, sino que termi-

nará con lo mismo, con el salvajismo, con la barbarie. Hay que evitar a todo trance que perezcamos ahogados por el constante magullamiento opresor producido por las garras de esta generación. Hay que imponerse el propósito de tener el ansia de saber cada vez más. Recordemos la paremiología: «El saber no ocupa lugar.» En la Universidad, Facultades y demás centros de enseñanza superior es donde más tenía que haber. Mas esto, desafortunadamente, no ocurre así. El único fin que en estos sitios se persigue es el de lucrarse con papeletas positivas: «El saber no me importa; a mí lo que me interesa es sacar lo antes posible el título.» (Palabras sacadas de las cotidianas conversaciones que en los claustros, fuera de ellos y en todas partes mantienen los estudiantes.) En realidad, y por desgracia, ocurre esto. El 95 por 100 de los estudiantes terminan las carreras y salen de las Universidades sin otra cosa que un «caro» título debajo del brazo. Es verdaderamente deplorable la situación en que nos encontramos. Ello desdice del carácter educativo-instructivo de estos centros. Unos años más de monarquía, de ministros de Instrucción pública y Bellas Artes como los de aquel régimen, desaprensivos y llenos de antinomias, y tildarnos hubiera sido la distracción del mundo entero, y lo que es peor aún, «la cultura por los suelos». Esto es para mí más denigrante que el hacer un crimen.

Con el 14 de abril empieza en Es-

paña una nueva era de las letras. El corazón se me abrió—en el teatro María Guerrero, y a últimos del pasado año—al oír por boca del camarada Llopis el gran número de escuelas que se iba a sumar al pequeño, al insignificante que dejó la monarquía. He aquí una de las soluciones del problema. Esta debió ser una de las preocupaciones más saturadas de necesidad que los Gobiernos anteriores a la República habían de haber tenido en lo más hondo del proceso lógico del desarrollo de la vida ministerial de un Estado, puesto que de las escuelas depende la cultura, de ésta el porvenir de los españoles y, con ellos, el de España.

Confíemos en la labor del actual ministro de Instrucción pública y de sus ayudantes, ya que éstos lucharán para evitar que ocurra lo que a mí me ocurrió días atrás. Pregunté a un estudiante de no recuerdo que Facultad si era anarquista, a lo que me contestó que no. Yo continué interrogándole, y le dije:

—¿Por qué?
—No soy partidario de las doctrinas anarquistas—me replicó.

Yo proseguí:
—¿Tú sabes lo que es el anarquismo?

—Sí—me dijo con aire de sabelotodo.
—Si no te molesta, te ruego que me lo expliques.

Y díjome que «el anarquismo eran unos hombres que tiraban bombas»...

Andrés CRUAÑES



Las delicias del régimen capitalista

Dolores colectivos

Una noticia escueta, publicada por la prensa burguesa, nos sugiere este modesto trabajo. La noticia, que fielmente reproducimos, es ésta:

«CASTELLON.—Cerca de Villarreal se suicidó, arrojándose al paso del tren, un hombre, que quedó horriblemente mutilado. En un bolsillo del pantalón se le encontró un librito de papel de fumar, en el que aparecía escrito lo siguiente: "Me mato por la inhumanidad tan inhumana que hay. Quiero trabajar, y no me admiten; robar no quiero. ¿Qué hacer?... Buscar la muerte, que admita a todo el mundo."»

He aquí, queridos lectores, la tragedia humana condensada en un pensamiento filosófico de un hombre, quizá rudo, pero de corazón sensible, que se dispone a arrojarse al paso del tren, y que lo realiza estoicamente mientras apostrofa, con justicia, a la Humanidad.

Me figuro ver a este modesto trabajador de puerta en puerta, pidiendo ocupación para sus brazos. Todas ellas, sin embargo, se cierran ante las súplicas de desesperación del infeliz. Ni una mano amiga, ni el Estado, que debiera ser previsor, le resuelve el problema diario de su vida.

En el infatigable caminar errante, de fábrica en fábrica, de taller en taller, surge en su mente la triste tragedia, la triste realidad de la vida de infinidad de hombres que dejan jirones de su carne entre las espigas y los abrojos de la ruta.

¿Para qué buscar trabajo si no le hay o no quieren dármelo? ¿Qué hacer? ¿Robar para subvenir a las necesidades momentáneas hasta que la casualidad sea propicia para remediar el mal?...

¡No!... Robar no quiero, alega el hombre bueno y honrado, demasiado honrado, que se muere en la indigencia mientras a su alrededor se vislumbra otro mundo de placeres y de orgías.

Se nos antoja la posición del Sr. Lerroux demasiado apta para la galería. No responde a realidades concretas. Clamar por el Poder hora tras hora y día tras día. Y es que, claro, el Sr. Lerroux tiene que contentar a tantos intereses creados que van entrando por las puertas de su paraíso, tan benévola mente abiertas...

A. GARCIA ATADELL



La mujer y el problema religioso

Con bastante frecuencia, y debido, sin duda, a la errónea interpretación que ha sufrido España en muchos aspectos de su vida, se arguye que la mujer española es esencialmente religiosa, y, por consiguiente, reacia a cualquier intento de transformar su vida, encauzada por los derroteros que la Iglesia católica le trazó.

Saliendo al paso de esta supuesta afirmación, hay que hacer constar que si es evidente que gran número de mujeres realizan este culto, en la mayoría de las veces es un rito puramente formulario y exento, por lo mismo, de un arraigo profundo.

Relegada la mujer en España a un plano inferior dentro de la vida social, se refugió en la Iglesia, y en las prácticas religiosas creyó encontrar el lenitivo a sus sufrimientos y la esperanza de transformar su situación por la intervención divina, ya que no se le daba ocasión de analizar los hechos con la amplitud necesaria.

Más sensible que el hombre y más influenciada en su vida interior por el lado misterioso de un servicio religioso, la Iglesia pudo atraerla por su privilegiada situación a la exaltación de su espíritu con la grandeza que adornaba su culto y la leyenda gloriosa con que rodeó a sus presuntos mártires.

La mujer recibía también la influencia del cura, médico espiritual de su alma, consejero en sus asuntos más íntimos, educador de sus hijos, y a veces el verdadero guía del hogar, aminorando con su actuación el influjo paterno, y creando, en fin, un abismo espiritual entre los componentes de la familia.

No se cree en Dios cuando se oye hablar de él siendo hombre; es a la infancia a quien la religión se dirige y a sus cerebros en formación a los que daba una estructura adecuada a sus intereses, atrofiando sus sentimientos e iniciativas, sembrando ideas falsas y arrancando con astucia la verdad de los hechos.

De este modo surgían jóvenes ge-

neraciones con un desconocimiento profundo de la vida, incapacitadas para desenvolver sus actividades si por circunstancias especiales no llegaban a romper las ligaduras de su servidumbre espiritual. Incluida la mujer en este sector, siguió como hábito, y acrecentado por la tradición, esta educación, que muy pocas pudieron contrarrestar.

Hoy la mujer, incorporada a múltiples actividades de la vida nacional, eficaz colaboradora de la República, comienza a alejarse de la religión por encontrarla falta de lógica y razón, y no será preciso herir sus conciencias religiosas, ya que los hechos mismos han de ser los que se encarguen de realizar esta labor.

No es ya la distancia de muchas leguas o millas la que nos aleja del Vaticano; es el profundo abismo infranqueable de un pueblo que se ha despreñado al fin de una tutela agobiadora y ha hundido en lo más hondo del mar la nave de un Estado carcomido por el tiempo, desgastado por el vendaval de tormentas borrascosas.

Flotando en la superficie quedaron restos del naufragio; pero al margen de las nuevas normas del progreso, faltos de sensibilidad para soportar su derrota y ambiciosos por conseguir su antigua supremacía, una vez que muestren al desnudo su verdadera misión, han de caer en el más espantoso de los ridículos al transformar su misticismo y desinterés terrenal por la especulación y comercio, ya en evidencia, de una religión que al abrigo de la impunidad vivía en España.

Tenemos una plena confianza en la evolución de la mujer española respecto a la religión. Sólo aquellas que la pátina del tiempo dejó marcadas en sus mejillas las huellas imborrables de una existencia larga quizá no sepan acogerse a las nuevas corrientes de la vida, por haber llegado éstas demasiado tarde.

Angeles VAZQUEZ

Repudiamos la guerra

De poco tiempo a esta parte se viene notando que la prensa burguesa se está ocupando de la guerra que dicen ellos que tenemos en perspectiva.

Los grandes políticos y escritores coinciden en todas sus afirmaciones con respecto a la guerra.

Los burgueses, como ven que la revolución social se aproxima a pasos agigantados, quieren llevar a las naciones a una manzana criminal donde sus más numerosos, si no los únicos, combatientes sean los proletarios.

Todos sabemos las calamidades que trae consigo la guerra, principalmente para los proletarios, que mueren de hambre porque los productos alimenticios están a un precio tan elevado que no pueden adquirírselos más que los adinerados.

Después de la guerra quedan en tal estado los campos y los pueblos, que tienen que trabajar los obreros jornadas abrumadoras para remediar todo el mal que se ha hecho.

Casi todas las familias quedan en enorme estado de desconsuelo, porque a unas les falta el padre, y a otras, el ser más querido, el hijo.

Los hospitales y cementerios no tienen suficiente espacio para dar cabida a tanto mártir.

Después de la guerra, se hace un tanto difícil una visita a un hospital, porque hay que tener un corazón muy duro para resistir los cuadros desconsoladores que se nos presentan.

Todos los proletarios tenemos la obligación de poner todo nuestro entusiasmo para hacer desaparecer la tan indeseable idea de guerra. Para ello es menester que a los niños no se les dé juguetes representando soldados, escopetas, etc., y hacerles olvidar la tan criminal frase: «Cuando sea mayor iré a matar moros»; y hacerles saber que todos los proletarios extranjeros son hermanos nuestros.

Hay que pedir al Gobierno que dicte una orden obligando a los maes-

tros a dar clases en contra de la guerra.

Hay que ir a la desaparición del ejército sin pérdida de tiempo, porque todos sabemos en qué plano de esclavitud nos tienen a los proletarios cuando estamos a merced del Poder.

Así como la guerra, después de tantos sufrimientos, no trae ninguna mejora para la clase explotada, la revolución social traerá consigo todos los anhelos que tanto ansiamos.

Hay que enseñar a los niños, desde que empiezan a tener uso de razón, cuál es su enemigo, qué clase de lucha tienen que adoptar y cuándo la tienen que poner en práctica, para así, cuando lleguen a la edad donde la lucha se hace más llevadera, sepan hacer causa por sus reivindicaciones; y no como hoy, que hay muchísimos jóvenes que no saben nada de asuntos societarios.

Por lo despacio que vamos y por lo mucho que enseñemos, llegaremos al momento final y el pueblo no estará lo suficientemente preparado; de ahí la necesidad de crear una conciencia socialista. Para ello cuenten con los jóvenes socialistas, que están deseando hacer causa para recuperar todos los derechos que nos había dado la Naturaleza.

Luis ARBELLA, de la Juventud Socialista de San Sebastián.



Por un error de composición, en nuestro número pasado insertamos al pie de la caricatura de las elecciones alemanas: «El sueño fallido de Hindenburg», debiendo ser: «El sueño fallido de Hitler». Nuestros camaradas lo habrán subsanado. Es de naturaleza completamente meridiana que nosotros no podemos nunca comulgar con el fascismo.

TRIBUNA LIBRE

La inconsciencia sindicalista

De nuevo nuestra pluma se extiende sobre el papel para subrayar un hecho que daña la sensibilidad de los hombres sensatos.

Por segunda vez va a consignarse en los anales de nuestra pulcra historia un asesinato, siendo víctima del mismo el camarada Manuel Jáimez, sucesor de Luis Fernández.

Ha sido el factor de este crimen uno de esos hombres que pertenecen a la falange de profesionales del crimen.

No ignoramos la táctica confusa de estos sindicalistas, que para resolver sus problemas recurren al terreno impetuoso, asesinando a hombres honrados. ¿Para qué llamarse sindicalistas? ¿Por qué no os denomináis asesinos? Este es el único calificativo que se os puede adjudicar, porque es bien notorio que en nombre de trabajadores asesináis a vuestros hermanos de explotación y emprendéis campañas de persecución y perversidad contra ellos.

Claro que todo esto cabe en quienes, amparándose en una táctica grosera, declaráis huelgas estériles sin terminología social.

La pistola es su alma sindical; el insulto, su defensa, y matar, su hombría. ¡Oh qué mentalidad posee el sindicalismo! ¿Por qué no dedicáis el tiempo que invertís en asesinar a vuestros hermanos para educar a las masas y evitar que ocurran hechos que meramente os caracterizan de canallas? No; no podéis adaptaros a una táctica decente; vuestros procedimientos son sólo de seres irracionales.

¿Está España salvada, o el problema de la enseñanza, o la reforma agraria, con figurar en vuestras listas un hombre menos?

Es bien notorio que en vuestra historia no contáis nada más que con fracasos de táctica.

¿Para qué escribir más? Sólo diremos: Merecéis el desprecio de todos los hombres nobles. Con vuestros actos sólo se os puede calificar: «Raza utópica dans trans.»

Salvador HERREROS LOPEZ

El cine contra la guerra

No cabe duda que el cine ha sido, es y será el factor más importante para educar a las masas.

Los más valientes guerreros, los más temibles hombres, expertos en batallas modernas, con ametralladoras, aviones, dirigibles y todos los modernos aparatos, incluyendo en éstos las múltiples clases de gases que cada día inventan para la destrucción, al ver las películas de tan fiel reflejo de la realidad como son «Cuatro de infantería» y «Sin novedad en el frente», dejan de serlo.

Yo creo que ya pasó a la Historia aquello de que «la guerra es un arte». Antigüamente sí lo era, porque los nobles, los señores de alta magnitud, incluso los reyes, iban al frente de sus ejércitos, dándoles a los soldados valor y arraigándoles a la victoria; en aquellos tiempos sí que era un arte el saber guerrear, porque peleaban cuerpo a cuerpo y cara a cara. Hay que recordar aquellos valientes combates en que se disputaban lo que fuere a la lucha de uno, o sea que escogían un guerrero de cada bando y no había necesidad de derramar más sangre que la del infeliz que cayese en tierra, y este bando perdía; y sin necesidad de juriconsultos ni notarios, los vencidos se retiraban.

Como buenos defensores de la paz, creo habréis presenciado cierta película en la que uno de los artistas le decía a su compañero: «¿Por qué tenemos que ser nosotros los que tengamos que pagar la osadía de nuestros jefes? Si le ha insultado tal montaña a otra de nuestro país, que vaya la ofendida y le diga: "Eres una mala educada", y en paz, y no que tengamos que ir nosotros.»

Por eso hemos de estar alerta para que las guerras futuras fracasen. Que cuando se nos mande a ellas digamos con toda energía: CONTRA NUESTROS HERMANOS, ¡NO! Ni ellos ni nosotros tenemos que matarnos, ni que exterminarnos, cual si fuéramos animales. Nuestros hermanos tienen tanto derecho a la vida como nosotros.

Alfredo MARTINEZ OLIVEROS



Camaradas de la Juventud Socialista de Santander, en excursión a Arunero, en la cual pronunció una interesante conferencia el compañero Bruno Alonso.

Engañando al campesino

La marcha natural de un plan trazado de antemano por los hombres que asumieron la responsabilidad de dirigir nuestra nación sigue, a pesar de las maniobras de aquellos que, de acuerdo con la reacción, tratan de entorpecer esta obra.

Del Parlamento o por iniciativas ministeriales se estructuran las leyes complementarias de la Constitución, y que, al surgir, van resumiendo las aspiraciones de los ciudadanos españoles.

Se transformó el Estado, y con el fin de construir una España nueva se han introducido modificaciones importantes en la política, en la enseñanza, en la vida social y aun dentro de la familia.

Los articulados de estas leyes, una vez llevados a la imprenta, se han extendido ya por España, y a las más apartadas aldeas han de llegar.

¿Comprenderán con toda claridad en los pueblos el sentido verdadero de las nuevas leyes?

Tenemos la creencia, y esto no es una sospecha infundada, de que alguien en la sombra se aprovecha de las circunstancias especiales y del alejamiento forzoso en que se encuentra el campesino para tratar de alterar estas leyes.

Los pueblos, con su rusticidad simple, ignoran a veces la complejidad de la vida en las ciudades, y al extenderse para ellos las modificaciones introducidas, si no hay quien las interprete con rectitud, puede suceder que inconscientemente se dejen guiar por los que tienen buen

Prensa venal

Cuanto se ha dicho sobre la venalidad de la gran prensa francesa de información es poco, si se considera la campaña que esta prensa hace en la actualidad contra la República española.

La monarquía y la dictadura hacían el caldo gordo a la prensa de París: a veces, de buen grado; otras veces, a la fuerza. Y eran frecuentes los escándalos como el del presupuesto de publicidad de la Exposición de Barcelona, concedido en Francia a determinadas agencias, bajo la amenaza manejada por éstas de una campaña de prensa contra el Gobierno de Primo de Rivera.

En sus últimos momentos, la monarquía cuidó particularmente su propaganda; no sólo su propaganda en la prensa, sino su publicidad de todo estilo. Nadie ha creído en la espontaneidad de esa manifestación ridícula que acogió al Sr. Borbón a su llegada a París.

No sabemos si Fontainebleau seguirá «untando» a la prensa francesa; seguramente puede hacerlo con los despojos de España, oportunamente expatriados. Lo que sí sabemos es que el Gobierno español ya no subvenciona a los reptiles de la prensa de París. Y la consecuencia de esto es una campaña infame contra la República española, que ha de preocuparnos mucho. Esta propagan-

Aunque lo contrario crea el Sr. Lerroux, se van alejando de él las posibilidades de ser Gobierno. España lleva un ritmo acelerado hacia la izquierda. Y hoy el partido radical es una mezcla de monárquicos renegados y frigos sin convertir con republicanos viejos, que no es más que reacción a ultranza.

Enrique BURGUILLOS

FANTOCHES DE GUIÑOL

El fantasma de D. Rodrigo

D. Rodrigo Soriano, el auténtico D. Rodrigo Soriano, murió en América. Ese otro que detenta su nombre en el Parlamento para decir cosas extrañas y lucir un cuello duro y unas narices fusiformes no es él. Reconocemos que la falsificación está bien lograda, hasta el extremo de casi, casi poderle suplir. Sin embargo, nosotros sabemos que no es él. El verdadero, el auténtico —volvemos a repetir— D. Rodrigo, que puso una tiendecita cuando estuvo en América del Sur, murió una mañana de primavera entre unos sacos de mate y de garbanitos morenos y una cubeta de pecetitos escabechados del Plata.

El porqué de llevarlo a saber no es largo de comentar. Uno de nuestros redactores, que nos exige absoluta reserva de su nombre, es aficionado al espiritismo. Se encierra en el archivo con un velador de tres patas y una silla de mimbres. Desde su silla, los dedos engarabitados sobre la mesa, y en posesión de una importante fuerza telepática, llama a fantasmas de hombres populares, ya fallecidos, para entrevistarse. Estos acuden casi siempre. Claro es que a veces fallan. Entonces, para suplirlos, se llegan debajo de la mesa espíritus inferiores o kamarrupas.

Así sucedió días pasados. Había llamado nuestro camarada al espíritu de lord Byron para consultarle unos datos referentes a sus poesías. Por regla general, éstos tardan poco. Sin embargo, habían transcurrido ya cinco minutos.

—Este me falla —murmuró. En aquel momento apercibiéndose de algo movía las patas de la mesa. Parecía el espíritu anunciado. Pero no. Tan sólo era un kamarrupa gurrumino y feo, envuelto en túnica gris, que agitaba la pata del mueble, con el rostro cansado de quien cumple un desagradable deber.

Nuestro camarada le sujetó por el cuello y le hizo salir a la superficie. —Podía usted tratarme con más consideración—gruñó el kamarrupa—. Sería conveniente que por unos momentos cambiásemos de pellejo, para que viese lo agradable que resulta el ser alzado por el cuello como un gato piojoso...

—No sé qué consideración voy a tener con un kamarrupa indocumen-

tado, que a lo mejor durante su vida fué sacristán de cualquier convento. —¿Sacristán? ¿Sacristán?—y el fantasma rezongaba indignado: —¿Sacristán? Sepa usted que está hablando nada menos que con el espíritu de D. Rodrigo Soriano, conocido periodista, y ex diputado, y espadachín, y espadachín, y espadachín. Claro es que los tiempos han cambiado mucho, y el que ayer gobernaba mundos, hoy sufre hociadas en un muladar. De menos nos hizo Dios, y más acabo de ver; que todavía con su vista tengo el espíritu turbado.

—Pero ¿usted es D. Rodrigo Soriano?

—Los residuos de él. Falleció hace dos años en mi tiendecita de conservas, enfundado en un guardapolvos gris... Pero con su permiso me voy a sentar, porque estoy francamente cansado de indignación. ¿Tiene cigarrillos?

Nuestro compañero le alargó uno. —Es de cincuenta. Pero ¿qué le sucede a usted que respira con fatiga?

—Algo horroroso. ¿Sabe usted que me acabo de encontrar con un individuo que me usurpa la personalidad?

—¿Es posible?

—Sí, señor. Y, además, como diputado. Pero lo trágico no es eso.

—¿Hay más?

—Y mucho más. Acaba de ser abofeteado por un socialista. ¡Qué vergüenza! ¡Rodrigo Soriano, aunque sea un Rodrigo Soriano de pacotilla! ¡No sabe llevar con dignidad el nombre! Con las veces que esto me sucedió en vida y lo bien que supe quedar. Indudablemente, desmerecen los tiempos. Total, nada. Unas palabras, un rápido movimiento y el rostro del Soriano de manivela que hace ¡crac! y se empurpura. ¡Uj, qué sofofación! ¡Me recomo la ira! ¿Tiene usted otro cigarrillo? Gracias, señor. Le abandono. Voy a rumiarme en indignación a cualquier lugar deshabitado. A propósito. Usted que es periodista, ¿no podría hacer constar públicamente mis declaraciones?

Nuestro camarada dijo que sí. Y ahora cumple su promesa. Que lo sepan las Constituyentes. Que lo sepa todo el mundo. D. Rodrigo, el jaball montuno, no es el auténtico, el contrastado, el único Soriano. Es falsificación y grande. El señor disfrazado y abusón. «El que recibe las bofetadas»...

DIÓGENES

La farsa clerical

¡Jóvenes del pueblo, hombres del mañana! Al escribir para vosotros estas líneas, no pretendo solamente atacar a la institución de los tonsurados. Por el momento, atenciones de índole material deben embargar nuestro interés ante el pavoroso problema del paro, vergüenza y baldón de la actual sociedad burguesa, la cual es impotente para resolverlo por la razón de ser el sistema capitalista quien lo produce. Pero ¿es que acaso la secta clerical es ajena a este estado de cosas? No, no es ajena. Es, en línea directa, la principal culpable. Véamoslo. Hagamos un poco de historia.

En los primeros siglos del cristianismo, los primeros cristianos, predicando con el ejemplo la igualdad social, el amor al prójimo y denunciando, como Cristo, a los fariseos y sojuzgadores de pueblos, era una institución modelo y, por lo tanto, perseguida sañadamente por el poderío absoluto. Pero, a partir de los primeros cinco o seis siglos, aliáronse a la nobleza y a los emperadores, y juntos, desde entonces, dirigen sus dardos a los desposeídos. Desde que se constituyó la alianza del altar y el trono, convirtiéndose la casta sacerdotal en el instrumento adormecedor del pueblo.

La religión—para dominar al pue-



Fiestas de la República. Nosotros quisieramos saber si por ventura estamos para fiestas. Claro es que acaso la contemplación de tracas, de cohetes, de luminarias, de festivales nocturnos en la Choppera del Retiro, de cabalgatas lucidas, puede aliviar mucho a los compañeros obreros sin trabajo. «Los duelos con pan son menos», dice el refrán. Claro que aquí no hay pan, sino cohetes encendidos.

blo—inventó una infinidad de sofismas, en los cuales decía y dice que Jesucristo dijo que tenía que haber pobres y ricos; que las riquezas, los que las poseen es por obra y gracia de Dios, y diciendo a los humildes: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.»

Y nosotros, parodiando estas frases, decimos ésta, que es verdad incontrovertible: Bienaventurados los rebeldes que sepan imponer la verdadera justicia, porque de ellos será el pan de la tierra...

Al correr de los siglos, y con la invención de la imprenta, salieron las letras, que hasta entonces habían estado enclaustradas. El pueblo, despertando de su amodorramiento, dispuso con mano dura a sacudirse el pesado lastre clericofeudal, y entonces no vacilaron estos infames en ahogar en la hoguera y el tormento la luz de la sabiduría y el ansia de liberación. Y entonces, en nombre de un Dios, del propio Jesús, que predicó la igualdad social y amor al prójimo, cometieron los más horrendos crímenes que se registran en los anales de la Historia, no comprendiendo estas bestias exentas de toda humanidad que la idea de la verdad y de la libertad no puede perecer. Es como el ave Fénix, que resurge de sus propias cenizas.

¡Jóvenes de hoy, hombres del mañana! Apartaos de la Iglesia; huid y despreciad profundamente a estos venenosos reptiles, que os pueden inocular su veneno y explotar en beneficio propio vuestra credulidad e ignorancia.

No creáis que solamente son clérigos los que visten sotana. Su alianza de la burguesía es de la misma o peor catadura. ¡Guerra sin cuartel a estas clases embaucadoras y parasitarias!

¡Uníos todos los jóvenes de uno y otro sexo, en un bloque inquebrantable, en la Juventud Socialista, y que llegue ya la hora de emancipar nuestras conciencias de tanta farsa! Alceamos la bandera roja del Socialismo, y sólo así podremos llegar a las futuras generaciones una Humanidad libre e igual.

La España del porvenir exige que nosotros los jóvenes, hombres del porvenir también, limpiemos esta lacra social.

Solución a dos problemas

Enseñanza y trabajo. Hasta hoy, la primera puede decirse que no se detiene; pero ¿y la segunda, qué se hace con ella? ¿No se puede ya resolver este problema que amenaza de muerte a tantos miles de trabajadores?

¿Qué vamos a hacer de nuestra República, si se da lugar a mantener a tantas familias en la miseria, mientras aquellos que al amparo de la monarquía se mofaban del desgraciado trabajador siguen por el mismo camino, sin contemplaciones de ninguna especie?

¿Sabe nuestro Gobierno que hoy el obrero en España, en su mayoría, vive tan acosado por la miseria como cuando existía el régimen caído?

¿Sabe también que cuando se pide trabajo a los patronos o a alguna autoridad, lo primero que dicen es que qué hacen esos ministros o esos diputados socialistas?

Pues si no lo sabe, debiera saberlo, y no andar con más contemplaciones, que esto lo que da lugar es a que el obrero pierda todas las esperanzas que puso en nuestra República; y esto nos llevaría al precipicio, después de tantos trabajos empleados en dar el paso que dimos, tan noble y tan digno, el 12 de abril.

Los que poseen la riqueza de la nación se puede decir que no están muy tranquilos, quizá con razón; pero sin embargo, no dejan de ver a diario cómo el Gobierno hace un presupuesto tras otro, para tal o cual obra pública, con el fin de conjurar la crisis de trabajo.

¿Qué se hace con esto?

Empeorar la situación, porque mientras el Estado hace tales sacrificios, el capital engrosa bárbaramente, refuerza sus filas, y al mismo tiempo disminuye el de la nación, lo que nos impediría más adelante obrar con la misma facilidad que lo haríamos hoy; y por último, que esta clase está cumpliendo estrictamente aquellas palabras que nos decían: «Ellos que tanto os prometen, ellos os darán»; y esto es intolerable, y, por consiguiente, no podemos permitirlo.

Es ley y es de justicia que se dé al obrero lo que es suyo, y que sea de donde le pertenece: del capital. Ya debe haber llegado la hora, aunque con retraso; pero después de tantos

siglos de imperio, es justo que le hagamos darse cuenta de que desde aquí para atrás no ha procedido con justicia ni ha poseído ningunos sentimientos humanos, y, en fin, que en otros tiempos no era necesario tener un trabajo y una manta—como tenía el Tempranillo— para ser de su misma profesión.

El burgués, valiéndose de su capital, va consiguiendo llenar de inmundicias el cerebro del trabajador que, falto de cultura y obligado por el hambre, se ofrece por un misero jornal, haciéndole creer que aquellos que en realidad son sus únicos defensores, son sus enemigos más fuertes, llegando por esto a nacer en su mente el deseo de conseguir lo que aspiran por la violencia, o viceversa, poniéndose al lado del capital.

¿Que cómo se evita esto? Con pan y escuelas, porque de ninguna de las dos podemos prescindir, ya que si la incultura nos lleva al precipicio, es impulsada por el hambre; porque no cabe suponer que un hombre culto pueda, de ninguna forma, aguantar el impulso de su cerebro cuando a éste le manda el estómago.

Con esto se evitará también el que se repita lo de Castillblanco, Arnedo y otros muchos casos que sería imposible enumerarlos, y que todos son producto del hambre y falta de justicia para esos hombres que representan a nuestro Gobierno y que tienen por mandatarios a un ejército de «roglioditas que debiera llamarse «gendarmaría», en vez de guardia civil, ya que tanto los unos como los otros están poniendo en duda la democracia de los que hoy componen el Poder público central.

Por todo lo expuesto, nos convendría: primero, resolver el problema del paro, por ser lo más esencial; y después, darle a la nación el número máximo de escuelas que necesite; pero unido a esto, exigirle a toda autoridad, sea militar o civil, una responsabilidad grande en lo más mínimo que se resbale, y quizá con esto consigamos que no continúen por ese derrotero, que tantas vidas ha costado, desde la proclamación de la República, a la clase trabajadora, cuando ha ido a pedir justicia, a pedir trabajo, a pedir lo que pide todo ser humano, noble y honrado, cuando en su hogar reina la miseria: ¡pan para sus hijos, que se mueren de necesidad!

Juan HERRERA VILLEGAS

EL MIEDO

Los tres dormían en la misma cama. Un lecho grande, como solamente son en los pueblos. Lecho de matrimonio, para ayuntarse de buenas formas la noche de esponsales. Como le usaron Antonio, el de Cantalicia, y su mujer, la Petra, nacida en el valle, cuando el primero galleaba por las ferias, con faja colorada, vara de acebo y olor picante a sudor y tabaco molido —olor de hombre macho—, y la segunda lucía pañuelos garbosos de seda, y crespones, y flores bordadas, haciendo juego en lo suaves con la boca jugosa, grandona, de moza curtidá y sana, oliente a membrillo y fruto de pomares. Como lo usaron después su hija mayor, la Antonia Juana, que lo llevó en dote, y su marido, traficante en aceites y fruta. Ahora lo usaban los tres pequeños para dormir juntos, como una pelota de carne blanda, de modo que pudiera acunarles gratamente y al mismo tiempo la patita afelpada del sueño.

Porque estaban separados años ha marido y mujer, ya que la condición de la Antonia Juana no tenía todos los requisitos de que ha menester la hembra honesta. A lo poco de casados así lo demostró, retozando por las tardes en la huerta con el aporador y escapándose, so pretexto de lavar, al río, donde las espadañas húmedas eran lecho para sus arrebatos calientes. Enfermedad de garrones, que la decían en el pueblo. El marido, cabezudo y suave, no comprendía nada de esto, rezongando su afán por pueblos y caminos, montado en sus carros de aceite. La Antonia Juana era aún moza de pomposos senos, como las manzanas más grandes del pomar, que apenas se habían malbaratado amamantando a los hijos, y prietas carnes y anchas caderas, fruto de gallardía, que ella supo siempre cumplimentar como menester era a tan sabrosos requisitos.

Al nacer de la tercera criatura se convino la separación, ya que el pueblo la donaba parecido con numerosos padres. Y así quedaron las cosas. El afanándose por aumentar el negocio de pueblo en pueblo; ella siempre ardiente, como tizón de fragua, comadreando, escapándose a huertos y pajares y creciendo en belleza de otoño, reposada y serena y única de madurez. Los niños, tres los pobrecitos, que nadie acariciaba ni nadie atendía, durmiendo juntos en la gran cama de matrimonio. En una habitación del fondo, el padre, cansado por el tráfico del día; en el comedor, o sala, o alcoba de forasteros, que todas cosas era, ella, pues así tenía más amplio lugar para sus entradas y salidas.

Algunas noches quedaban solos en la casona, protegidos por los portones recios y los hierros de las ventanas. El padre, lejos quizá del pueblo, en su comercio, tardaba un par de días para llegar a él. La Antonia Juana veía estos momentos con gozo, ya que eran calmados durante toda una noche o dos sus ardores. Esto se repetía frecuentemente.

Sin embargo, los pequeños no estaban acostumbrados y pesaba sobre sus cabezas el vacío y la obscuridad y la tristeza de todas las habitaciones. Antes de tomarles la caricia del sueño, lloraban sordamente acompañados de sordo gemir del eco por paredes y jambas de puertas.

—Mujer—le dijo el buen arriero—: me estaré tres días fuera. Procura guardar la casa como es menester. En el arca de la cocina está el dinero de las últimas ferias, y hay mucha necesidad por el contorno, y muchos saben también de mis ganancias.

Y el hombre se marchó contento, ya que estaba acostumbrado a la vida de la mujer, y solamente así, anunciándole que guardase dinero, podía retenerla en casa. Pero no sabía que días atrás llegó al pueblo una compañía de titereros, morenos y untuosos en palabras y andares; con cuyo galán la Antonia Juana se holicaba. Y era el galán de hombruno sentir y ansias grandes, que se daba todo a la aventura. Para la Antonia Juana, jamás noche se podía dar tan propicia. Y el resquemor de un engaño le hizo advertir al marcharse su marido:

—Mira que no me engañas, como otras veces, en que decías que guardase dinero y sólo guardaba humo.

—Válgame Dios, mujer. Hoy es muy cierto, y si nos lo robasen, bien podían decir que nos habían dañado toda la hacienda.

Ni aun así quedó satisfecha. Quiso olisquear el arca de nogal ferrado, donde se sentaba a partir pan de la hogaza para sopas. Un arca que, prieta de jamón y lomo y carne de cerdo, cumplía bien su menester durante todo el año, a más de guardar en su fondo, cubiertos de grasas papales, los dineros—plata y billetes—del acarreador de aceites. Mas no pudo asegurarse de nada, ya que no tenía llave. ¿Sería verdad? ¡Bah! Por si acaso, nada perdería con quedarse. Pero pasó a la noche por su puerta el galán titerero, haciendo dengues, y todo fué olvidado. Alumbraba la luna hasta las pedruzuelas más menudas, como un farol verde, y el agua de los arroyos venía oliente de romero.

Era la hora de traer las mozas cántaros de agua, ya concluida la

cena, y de amarse con los galanes en el paseo de Negrillos que rodeaba la fuente, y de cantar serenatas en los prados monótonas cigarras. Todo reverdecía la sangre, y hasta los ojos brillaban más, soñando en tomarse un baño de luna. Quizá el mozo gustase de acompañar alguna de las aguadoras. Así es que olvidó todo, y dando las diez en las campanas de la ermita, Antonia Juana paseaba por la carretera, muy ceñida al hombre, camino de la arboleda, donde había camas de musgo y donde podía encantarle con las gracias pomposas de su cuerpo.

Al principio, los niños no se daban cuenta de la soledad; pero en seguida notaron que la casa estaba más triste, que parecía más grande y más muda. Podía estar la madre en el corral, o en la cocina, o en el pequeño huerto. Pero no. El corazón lo decía, latiendo en los tres a compás, ya que sus oídos, aguzados, percibieron más profundo el rechinar de la mesa, más hondo el tac, tac del reloj, más rabioso el viento en los picaportes. Estaban solos.

Diez años tenía el mayor, y seis y cuatro los otros dos. Dormían los tres en la gran cabecera, pues que la cama era extensa, como para perderse en ella. El mayor, en medio. Este fué quien sintió primero la angustia de la soledad, cubriéndose casi toda la cabeza con el embozo. Los otros, al unísono, hicieron lo mismo, tristes y asustados, con los ojos muy abiertos, como los abrían siempre que la noche se presentaba así. Abrían los ojos para ver más, cuajándose toda la habitación en ellos, con su negro, con sus muebles, que eran bultos más negros, con la cortina en los cuarterones de la ventana, que dejaba un pequeño, un tenue, un miserable rayo de luz. Pasado el rato, se reflejaba en las pupilas toda una teoría de estrellas microscópicas, punzantes y frías, convertidas después en círculos agonizantes y en chispas blanquecinas, y en todo nuevamente negro, porque cerraban los ojos.

El pequeño se moría angustiado. ¡Quiéto!—pensaba el mayor—. Pero no quería moverse él, y hubiera deseado ver al inquieto hermano hallarse muerto. Quizá en su quietud no reparasen tan en minúsculos cuerpos los fantasmas y los duendes, y los ladrones, paseantes por toda la casa, rechinando las sillas y las maderas del techo al contacto de sus pasos blandos, lentos, con cautelas de terciopelo.

—¡Ay!—volvía a gemir el pequeño.

Y es que entonces el viento agitación más hoscamente las maderas de la ventana, o entraba cauto, con un silbido, bajo la puerta. O las cucarachas crecían de tamaño hasta poder deslizarse grandes por la alfombra

de paja fría. Los tres fijaban angustiados los ojos en el mismo sitio, esperando surgir lo blanco fantasmal, o lo más negro, o el peligro que sus fantasías, aun pequeñas, daban por desconocido, pero capaz de presentarse en los modos más raros.

Amortiguadas por lo lejano, llegaron a la alcoba obscura las campanas de media noche. Todavía despiertos. De repente, tan..., tan... Así. Pasitos de cautela que eran más pesados, más reales que los de un trasto cualquiera. Tan..., tan... El cabello blanco se pegó sudoroso a las sienes y las manos se engarabitaron mudas de ruidos, y sin sangre. Los cuerpos fuerónse tornando chiquititos, encogidos, bajo la ropa. Seguían los pasos. Tan..., tan... Y unos dedos y una palma de una mano que se arrastraba sinuosa por la pared, como a ciegas, para buscar camino seguro. Unos dedos que se acercaban, detrás del tabique, en la habitación frontera, sobre el frío yeso, con afán sin duda de llegar al picaporte de la puerta. ¡Ladrones! La sensación era de más pavor que nunca, porque se veía, se palpaba real, ante la angustia de los tres pequeños, helados de sudor, de miedo y de congoja de muerte.

Tan..., tan... Con brusquedad un golpe. Seco. Prolongadas sus vibraciones. Una silla caída al suelo y dos gritos tenues. Los dos pequeños que dejaron escapar la angustia, sujeta, rato hacía, con sus garritas, en la lengua. Después otro golpe más sordo que el primero; algo así como de viscosidad y blandura y dureza al mismo tiempo, sobre la piedra de los baldosines. Y un silencio de muerte todo él, sin vientos en las maderas de la ventana, sin crujir de la mesa o el techo. Un silencio de losa pesada, donde se oía el latido diminuto, triste de un pequeño corazón.

El hermano mayor, sentado en el lecho, oprimía inconscientemente, con dedos atenzantes, la garganta y la boca del otro, del mediano, asustado, muerto de miedo. En el suelo, el pequeño, perniabierto, los pies más altos que la cabeza. Conforme el hermano lo arrojó de un brusco empujón del lecho, había quedado; los ojos abiertos y el grito ahogado en la garganta, por la sangre en borbotón que taponó su boca, al romperse el cráneo con la fría piedra...

SERRANO PONCELA

Charles Gide

¡Cooperadores de Francia! ¡Cooperadores del mundo entero! Tenemos que anunciaros una triste y dolorosa noticia: Charles Gide ha muerto. Con estas palabras comienza el extraordinario que «Le Coopérateur de France» (19 de marzo de 1932) dedica al maestro, con motivo de su fallecimiento.

Charles Gide era uno de los más brillantes y fecundos teóricos del movimiento cooperativo. Nació el 29 de junio de 1847 en Uzès (Gard). Estudió Derecho en París, doctorándose en 1872. Dos años más tarde ganó una cátedra de Economía política en Burdeos, dedicándose desde esta fecha con toda devoción a la enseñanza de esta ciencia, en la cual se reveló desde el principio como un heterodoxo. En 1880 pasó a Montpellier, donde comenzó a estudiar con verdadero afán determinadas cuestiones económicas. En 1883 publicó una exposición de las ideas de Henry George, a la sazón poco conocidas en Francia. El mismo año dio a la publicidad sus «Principios de Economía política», que le han hecho famoso en el mundo, a causa de la crítica despiadada que todos los economistas hicieron de dicha obra. Baste decir que ha alcanzado veintisiete ediciones y que ha sido traducida a cuarenta y nueve idiomas. En 1887 creó la «Revista de Economía Política», una de las publicaciones de mayor autoridad entre las que tratan de estas cuestiones. En 1900 se trasladó a París para explicar la cátedra de Economía social comparada, especialmente creada para él. Desde 1924 a 1930 ocupó la cátedra de Cooperación en el Collège de France.

La actuación de Charles Gide como cooperador militante arranca de 1876, en cuya fecha comenzó la llamada Escuela de Nimes. Los primeros «pionniers» de esta escuela, que habían de ser célebres en todo el mundo, fueron Augusto Fabre, materialista y revolucionario, que había estudiado las teorías de Fourier en el familisterio de Guisa, y Eduardo de Boyve, descendiente de una familia protestante, que estuvo largo tiempo expatriado por motivos religiosos. Estos dos hombres coincidían en el siguiente pensamiento: «El mejoramiento social está indisolublemente ligado al perfeccionamiento intelectual

y moral del individuo.» Fabre, sin embargo, confiaba más en el cambio del medio económico social. Estaba inspirado en Fourier y Owen.

Fabre y De Boyve fueron los organizadores de las primeras Cooperativas francesas. Augusto Fabre fundó La Solidaridad, nombre simbólico, con unos cuarenta obreros. Esta era una Cooperativa de consumo. Fundó después una de pan titulada El Renacimiento. En 1883, De Boyve, inspirándose ya en los principios de Rochdale, organizó La Abeja Nimesa, que aún subsiste.

Con la noble ambición de educar teórica y prácticamente en las cuestiones económicas a la clase obrera, estos hombres organizaron también una Sociedad de economía popular, a la que pronto se afiliaron muchos obreros, ansiosos de saber y perfeccionarse. Esta Sociedad celebraba frecuentes reuniones, organizaba conferencias... Para explicar una de estas conferencias fué invitado un joven y sabio profesor de Economía política. Era Charles Gide, que consagró desde entonces su extraordinaria actividad, su talento privilegiado y su gran corazón al servicio de la idea cooperativista, que él, más que nadie, ha contribuido a afirmar en la conciencia de miles de consumidores.

En el II Congreso de la Cooperación francesa, celebrado en Lyon en 1886, Charles Gide, ya en plena actividad cooperativista, fué encargado de redactar el programa de la Unión Cooperativa, el cual resumía con estas palabras: «Objetivo inmediato y presente: educación económica de la clase obrera por la asociación cooperativa; objetivo lejano: emancipación de la clase obrera por la transformación del salariado.» Gide ha afirmado que hoy cambiaría solamente la última frase por la de «Abolición de la ganancia.»

Como se ve, el cooperativismo de Charles Gide es un Socialismo moderado. Albert Thomas lo ha dicho en una bella frase: «El cooperativismo de Charles Gide y el Socialismo de Jean Jaurès se rejoignent; es decir, se juntan para hacer del uno la continuación del otro, confundiendo en una sola y única aspiración hacia la justicia, hacia la libertad y hacia la democracia integral.»

Haciendo resaltar la diferencia que separa a la cooperación de clase de la cooperación abierta, el maestro, refiriéndose a la posición de los bolcheviques en el seno de la Alianza Cooperativa Internacional, escribió, poco tiempo ha, lo siguiente: «La cooperación proletaria no ve más que la explotación de que es objeto el obrero, y, de acuerdo con las teorías de Marx, no reconoce en el valor más que un elemento: el trabajo; en la ganancia no ve más que una parte de trabajo "no pagado" al obrero. La cooperación abierta, conforme con la teoría de la economía nueva, ve en el valor el resultado del deseo y de la demanda, y en la ganancia la parte del valor que se hace pagar al consumidor y que éste trata de restituirse.»

Como prueba del prestigio que Charles Gide gozaba en el mundo de la cooperación, le fué entregado con ocasión de cumplir los ochenta años un artístico libro de oro prologado por Albert Thomas, el cual llevaba la firma de millares de militantes cooperativistas de todos los países. La entrega le fué hecha en un Congreso celebrado en Nimes, ante quinientos delegados y numeroso público. «Jamás—manifestó con este motivo Víctor Serwy, el líder de la cooperación belga—homenaje alguno ha sido más merecido, ya que se trata de un economista que por su saber, su talento de escritor y de orador ha sabido hacer resplandecer la filosofía plena de realidad de los veintiocho pobres tejedores de Rochdale.»

Al lado, y por encima de su enorme labor de teórico, de exponente brillantísimo de las ideas cooperativistas, destaca en Charles Gide su labor de militante, asistiendo a Congresos, conferencias, etc. Por eso se le conocía y se le admiraba tanto. Porque supo hacer de su vida un apostolado, recorriendo los más apartados rincones de todos los países, sembrando sus ideas con esa fe ardorosa de los espíritus selectos.

Recientemente, a últimos del pasado año, aún asistió a una reunión celebrada en Basilea para constituir el Instituto Internacional de Estudios Cooperativos, que tiene por objeto es-

tudiar los más complejos problemas económicos, desde el punto de vista cooperativo. Y aún tuvo el valor de aceptar un puesto de trabajo—la presidencia—que le fué conferido por unanimidad.

En España tuvimos ocasión de conocerle, con motivo del Congreso de Barcelona, celebrado hace tres años, el que honró con su asistencia. Efectuamos en su compañía una excursión a Rosas, pueblecillo cercano a la frontera, para visitar el Pósito Marítimo, pues tenía un vivo interés en conocer de cerca esta simpática organización. No olvidaremos nunca la visita al Pósito Infantil. El presidente, un mayorcete llamado Esteban Verte, pronunció unas palabras de salutación y bienvenida, que emocionaron al maestro Gide, el cual espontáneamente subió al estrado y dijo que en su vida de militante se había dirigido a muchos públicos de la más variada condición; pero nunca, como entonces, lo había hecho a un público compuesto exclusivamente de niños. «Entre vosotros—dijo—no puedo disimular mi emoción.»

«Los pescadores—añadió—son los trabajadores que mejor comprenden la principal virtud de la cooperación, la solidaridad, porque trabajan en una barca muy pequeña, en medio de un mar muy grande, y en estas condiciones es indispensable la solidaridad, la ayuda mutua. Y vosotros, queridos niños, además de esta preparación que os dará la vida, si practicáis la profesión de pescadores, hacéis ya, merced a la buena organización y orientación de esta escuela, un aprendizaje que me hace creer que seréis, cuando lleguéis a mayores, excelentes cooperadores y buenos ciudadanos.»

El árbol de la cooperación, que Charles Gide cuidó tan amorosamente, tiene ya, afortunadamente, no pocas y fuertes raíces. Los que nos cobijamos a su sombra no olvidaremos nunca su labor, gracias a la cual la cooperación ha alcanzado la categoría de una ciencia, «el arte social de la ciencia económica», según la feliz expresión de Poisson. Procuremos seguir su ejemplo de abnegación y sacrificio en pro del ideal. ¡Descansen en paz el maestro!

Rafael HERAS

Felipe Turati

Ha muerto el camarada italiano cuando aún en su patria no se vislumbraban los albores de libertad. No ha podido llevarse el supremo consuelo de ver un triunfo de democracia en la Italia, hoy manciada por el traidor Mussolini. El fascismo estará hoy de enhorabuena, porque ha desaparecido uno de sus más destacados enemigos.

El duce, cuando estaba aún enmascarado con una careta revolucionaria, le criticaba por ser reformista su socialismo. Y he aquí hoy la realidad. Turati muere postergado y lejano a su patria, mientras el demagogo de los radicalismos es conservador a ultranza.

Nosotros los jóvenes socialistas le dedicamos un recuerdo conmovedor, por ser guía, y sostenedor, y maestro del Socialismo internacional.

El camino seguido por Turati es un camino de provechosas enseñanzas que siempre tendremos en cuenta. Ese camino debe seguir la Italia liberal para verse libre del yugo de la tiranía.

Gráfica Socialista. San Bernardo, 92.

Estatutos de las Juventudes Socialistas

(Continuación.)

TITULO IV

Del Comité nacional.

Art. 18. El Comité nacional es el representante de la Federación. Su deber es: Hacer cumplir las resoluciones de los Congresos y de la presente organización. Resolver las dudas que sobre la práctica de la misma puedan ofrecerse con carácter urgente. Resolver igualmente los casos perentorios no previstos en ella. Propagar los principios de la Federación y extender su radio de acción. Tomar, de acuerdo con las Juventudes, las medidas que las circunstancias aconsejen. Decidir la época y forma en que ha de realizarse la propaganda oral por las diferentes regiones. Mantener relaciones con los Comités nacionales de las Juventudes de los demás países, así como con la Secretaría Juvenil Internacional. Fijar la fecha de los Congresos y publicar el orden del día con dos meses, por lo menos, de anticipación. Y presentar una Memoria en los Congresos ordinarios, donde dé cuenta de su gestión y del estado en que se encuentra la Federación. Esta Memoria se publicará al mismo tiempo que el orden del día. Art. 19. El Comité nacional estará compuesto por una Comisión ejecutiva y un delegado por cada una de las regiones de España. La Comisión ejecutiva será elegida en su totalidad por los Congresos ordinarios de la Federación, y las vacantes que en ella se produzcan serán cubiertas por el

Pleno del Comité nacional. Los gastos que originen los viajes y dietas a las reuniones del Comité nacional serán de cuenta de la Comisión ejecutiva. El Comité nacional se reunirá con carácter ordinario una vez al año, y extraordinario cuantas veces lo crea necesario la Comisión ejecutiva o lo pida la mayoría de los delegados regionales. Los miembros de la Comisión ejecutiva no podrán representar a ninguna Sección en los Congresos que celebre la Federación. Art. 20. El presidente dirigirá las discusiones de la Ejecutiva, interpondrá las cuentas y firmará, con el secretario, toda clase de documentos y correspondencia. El vicepresidente tendrá las mismas atribuciones que éste, sustituyéndole en casos de ausencia o enfermedad. El secretariocontador extenderá la correspondencia y documentos oficiales que emanen de la Federación. Tendrá a su cargo la contabilidad de la Ejecutiva. Será responsable de los fondos, salvo casos de fuerza mayor. Redactará la Memoria reglamentaria. Este cargo será retribuido; dejando a la consideración de la Ejecutiva el señalar la cantidad que ha de percibir el secretariocontador por quebranto de moneda y compensación de trabajo que sobre él pese. El vicesecretario tendrá el deber de ayudar al secretariocontador. Los vocales suplirán a sus compañeros de Ejecutiva siempre que sea necesario y les ayudarán en sus trabajos. Art. 21. Una Comisión de cinco compañeros, elegida por la Juventud de la localidad en que reside el Comité nacional, revisará cada semestre las cuentas de la Ejecutiva, sin perjuicio de la revisión que haga en su día el Congreso. Art. 22. Cuando el trabajo lo exija y los recursos lo permitan, la Comisión ejecutiva remunerará a uno o más de sus individuos. Art. 23. La Comisión ejecutiva está facultada para emplear en sus trabajos individuos ajenos a ella, siempre que pertenezcan a la Federación. Art. 24. La Comisión ejecutiva celebrará reuniones siempre que lo considere conveniente.

(Continuará.)

LEED TODOS LOS DIAS "EL SOCIALISTA"

